

SUMARIO

El juego de la guerra en España, por L. Lafuente Vanrell, primer teniente del 63.^o regimiento de línea.—Las operaciones de noche (conclusión).—Cursos de tiro en el ejército ruso.—Maniobras de guarnición, por Henri Baraude.

BIBLIOTECA

Pliegos 21 y 22 de **Nueve meses en el ejército alemán**, por D. Carlos Requena.

Pliego 12-a de **Napoleón, jefe de ejército**, por el general alemán conde de York.

Pliego 1 de **Las vías de comunicación en las operaciones de campaña**, por D. José Mas Casterad, capitán de infantería.

EL JUEGO DE LA GUERRA EN ESPAÑA

Al mismo tiempo que recibo el número de *La Correspondencia Militar* que da cuenta de la conferencia del teniente coronel Sr. Villalba acerca del juego de la guerra, llega á mis manos un paquetito cuidadosamente precintado y un grueso rollo de planos.

Abro el paquete y veo que contiene la caja de peones para el juego de guerra que pedí á la casa Chapelot en nombre de mis compañeros de regimiento. Los planos son once hojas del magnífico mapa de Francia publicado por el E. M. francés, hojas que, colocadas con arreglo al correspondiente *tableau d'assemblage* (cuadro de yuxtaposición), completan la frontera franco-hispana y abarcan la zona ultrapirenaica hasta la línea Bourdeaux-Gourdon-Mende.

Los peoncitos de plomo esmaltado, rojos y azules, están ordenadamente colocados en cajetines, como los soldados en sus cuarteles y el material en sus parques, esperando que inteligencias diestras en la bélica ciencia teórica se ejerciten en la aplicación de sus conocimientos.

Ahí tenéis, compañeros, en el pequeño *boite a pions*, la primera materia de los ejércitos. Ahí están los batallones, los escuadrones, las baterías, las impedimentas y las ambulancias. Los que tantos planes y proyectos forjamos de continuo improvisando organizaciones, concentraciones, movilizaciones y sistemas tácticos, aquí tenemos un ejército á nuestra disposición, docil, sumiso, diligente, que realizará sobre el plano con precisión matemática las operaciones que tengamos á bien ordenarle.

Organicemos, concentremos, movilicemos, racionemos, municionemos; demos órdenes de marcha, dispongamos avances ó retrocesos; ex-

ploremos si conviene, acantonemos si es necesario, establezcamos servicios de seguridad, de enlace ó de comunicaciones; volemos este puente, reconstruyamos aquel otro, tendamos uno sobre ese río ó esa sima; dividanse estas fuerzas para marchar, converjan en tal punto para combatir; quédense aquí las ambulancias, adelántense y desplieguen tales unidades, fortifiquense en tal sitio y en tal forma; calculemos horas, distancias, longitudes, alargamientos, frentes, alojamientos, subsistencias, requisas, instrucciones; veamos qué caminos, qué direcciones, qué líneas, qué pasos, qué eminencias, llanuras ó depresiones hay que seguir ó esquivar; combatamos, por fin, y apliquemos todas las complejas leyes de la complicadísima ciencia guerrera, las prescripciones de los reglamentos, las advertencias de los tratadistas de la lucha sobre planos: Niesel, Selikman, etc.

¡Con qué docilidad, con qué inalterable precisión de movimientos y de horas se ejecuta todo!

Las organizaciones son admirables; á las concentraciones no falta nadie y si algún peón se ha escurrido de la caja ó se ha deslizado á un cajetín vecino, pronto le volverán á su lugar natural las pinzas de un ejercitante; las movilizaciones tienen lugar con rapidez pasmosa, pues ni escasea el material de tracción en las estaciones, ni hay desorden en los trenes, ni choques en las líneas, ni paradas en los apeaderos, ni convoyes de todas clases á quienes se deba ceder el paso, ni puentes que se hundan, ni caminos que parecen fangales, ni cierzo que hiela, ni lluvia que cala, ni sol que achicharra, ni polvo que ahoga, ni tropiezo alguno. Se llega siempre á tiempo porque en las marchas no hubo despeados, ni rezagados, ni carros que volcaran ó se atascaran interrumpiendo la circulación, ni caballerías derrengadas, ni arzones que perdieran una rueda ó sufrieran la rotura de la lanza y tuvieran que ser reparados.

Como no hay apremios de tiempo ni nerviosidades, danse claras las órdenes y entiéndenlas á maravilla los encargados de cumplirlas; nada impide que las instrucciones lleguen á sus destinos ni que se realicen al pie de la letra los planes que las motivaron.

Dinero no falta porque no se le necesita; vituallas, medicamentos, municiones, vestuario y toda suerte de material sobran siempre, donde son necesarios y en el momento oportuno.

No aquejan enfermedades á la tropa ni al ganado. Tampoco es de esperar que la temeridad se excite con las victorias, que el vigor moral se resienta con las derrotas, que los avances despierten infundados optimismos, que los retrocesos abatan sin causa suficiente.

Tropas más disciplinadas que las que *manejamos* en el juego de la guerra, jamás se vieron, pues ni roban, ni hurtan, ni molestan al vecindario, ni destruyen, ni dañan, ni se desmandan en lo más mínimo. Y en cuanto al paisanaje, que en la realidad protestaría más ó menos pasiva-

mente de las molestias de los alojamientos, reclamaría indemnizaciones por perjuicios supuestos ó efectivos, ni siquiera tiene representación en el juego para mayor tranquilidad de los ejecutantes de los ejercicios.

Los jefes superiores, desligados de toda consideración de carácter internacional y político, libres de responsabilidades abrumadoras, exentos de las presiones de la opinión y de la Prensa que tanto dominio suelen tener sobre los espíritus timoratos, pueden moverse con toda holgura sin más cortapisas que las prescripciones técnicas y los bordes del plano.

Son estas tropas que empleamos en el juego de la guerra sobre un *pais* sin habitantes, rígidas, mecánicas, sin voluntad y sin alma; la guerra que con ellas se simula es una guerra fría y mecánica también, sin ambiente y sin pasiones, sin desfallecimientos y sin vehemencias.

Esto ¿es, pues, la guerra?

Nadie lo afirmará; aunque el director del ejercicio, sus ayudantes y cuantos intervengan en tal género de estudio se esfuercen en darle todas las posibles apariencias de realidad, nunca será factible envolverle en el ambiente moral, de época, de pasión, de ocasión y de vida que tanto pesa en las verdaderas guerras.

Resulta de lo dicho:

Que el juego de la guerra es mucho más que un juego y mucho menos que las escuelas prácticas y que las maniobras.

Que es utilísimo para adiestrar á la oficialidad en el movimiento *mecánico* de las tropas y el material, en las operaciones sobre planos, en el estudio de planes y en la reproducción de campañas históricas.

Que permite aprovechar, en cierto modo, el tiempo que por diversas circunstancias no se puede emplear en instrucciones y ejercicios reales.

Que obliga á repasar y meditar los reglamentos tácticos, de campaña, de maniobras, etc., así como á no echar en olvido los estudios de estrategia, de táctica, de tiro, de fortificación y de arte militar, manteniendo frescas en la memoria cifras de frentes, fondos, intervalos, distancias, alargamientos, alcances, aires, resistencias y otros muchos datos de necesidad constante.

Que enseña á dar órdenes, á redactarlas, á interpretarlas, á obedecerlas, á desglosarlas y á transmitir las.

Que es un estudio de gabinete, indispensable para preparar, ampliar y completar los trabajos de campo, pero en ningún modo puede suplantarles ni mermar su importancia primordial.

Ahora que el juego comienza á ser mirado con interés en España, es oportuno hacer las anteriores advertencias y las que siguen para evitar las consecuencias de nuestro carácter nacional, tan dado á extremosidades de entusiasmo ó de indiferencia. En ciencia y en arte las teorías y

los procedimientos absolutos, cerrados, producen errores y amaneramientos que son reflejo de la falsedad de escuela.

Pues bien; aquel ambiente á que me he referido, peculiar y exclusivo de la guerra, solo tiene un remedo, no muy exacto, pero si lo más exacto posible en tiempo de paz, en las escuelas prácticas, en los ejercicios reales y en las maniobras. De ahí que de estas prácticas se extraiga cierta esencia experimental que el juego de la guerra no puede dar, porque no hay en él las peripecias, incidentes y accidentes que ocurren en la realidad, de los cuales solo algunos, los más comunes, he apuntado al principio de este articulejo.

Siendo así, ¿cómo completar las aptitudes que los ejercicios de gabinete y de campo dan y desarrollan? ¿Cómo poner á todos los oficiales, sea cual sea su rango ó gerarquía, en condiciones de obrar con acierto dentro de aquel especial ambiente de las épocas de lucha?

A mi juicio, solo el estudio basta á satisfacer esta necesidad: el estudio hondo de las ciencias históricas, políticas y sociológicas, desde el punto de vista de cada una, comparadas y en sus relaciones con la ciencia bélica. El conocimiento de estas ciencias es necesario en todo tiempo á la oficialidad de un ejército si éste ha de cumplir su misión de trabajar por el robustecimiento patrio no menos en la paz que en la guerra; mas es imprescindible tal conocimiento en las crisis belicosas de los pueblos, donde los oficiales se hallan con frecuencia en situaciones de difícil solución y de responsabilidad ante la historia, situaciones en que han menester las más altas inspiraciones de aquellas ciencias y de los sentimientos más nobles para no sucumbir á las inspiraciones de un ambiente vulgar, de un medio falso, brutal, ignorante.

He aquí un nuevo aspecto de la educación é instrucción del oficial; un complemento del juego de la guerra, porque es algo muy elevado y muy sutil: es el alma de ella, su espíritu genial, y también el espíritu de la lucha acerba, tenaz y triunfadora de los días de paz.

Las grandes instituciones históricas que esquivan el cumplimiento franco y natural de las supremas leyes de la evolución, sucumben consecutivamente y al fin han de arrostrar ante el porvenir inexorable, la responsabilidad del incumplimiento del deber y de la insumisión á sus preceptos.

Hoy ya nadie duda que los ejércitos tienen en plena normalidad funciones determinadas de higiene social. En países como el nuestro, de cultura media escasa en todas sus clases, tales funciones crecen en importancia y en necesidad, porque la reconstitución es difícil y urgente. Nada más natural que el Ejército, brazo diestro de la Patria é institución autorizada por su abolengo y su poder, tome sobre sí la parte más escabrosa de la empresa para realizarla; para esto es preciso que se despoje de la inflexible rigidez propia de las organizaciones seculares, que

se adapte á las necesidades de la época con la mirada fija en el porvenir, que instruya y eduque sólidamente, que tonifique el caracter nacional puliéndolo y quitándole peligrosos resabios de raza.

Claro está que ha de ser obra de inteligencias claras y serenas, bien nutridas de cultura superior, guiadas por un patriotismo excelso que nada tiene que ver con el patriotismo burdo, con el matonismo ridículo, ni con otras peligrosas manifestaciones de la ignorancia. Y esas inteligencias han de prepararse debidamente mediante altos estudios que sean para el espíritu bélico lo que el juego de la guerra es para la mecánica de la guerra.

Por estas y otras razones, se me ocurre que el juego tantas veces citado pudiera ampliarse de modo que supliesen en parte aquellos estudios superiores que oficialmente no pueden cursarse aun, por desdicha, en ninguno de los establecimientos docentes del Estado por la sencilla razón de que en éstos se estudian, vamos al decir, determinados *libros*, cuando lo que hace falta es que se puedan estudiar *materias* con todos los elementos que el alumno desee, sin imposición de criterio de los profesores, con trabajo personal de investigación y depuración, siguiendo los consejos del profesorado solo dirigidos á facilitar los procedimientos investigativos y escuchando la crítica, el análisis razonado, de los directores de tal trabajo.

No dudo que para semejantes métodos no hay preparación en nuestro país; tan á menos hemos venido en lo tocante á procedimientos pedagógicas y organizaciones escolares, que no comprendemos hoy el *privat-dozen* germánico ni otras instituciones que fueron orgullo de nuestras viejas universidades. Mas no importa; ya es tiempo que dejemos de remedar servil, rutinaria é inoportunamente lo extranjero, para interpretarlo, puesto que la interpretación, según Taine, es el supremo arte.

Traducir no es trocar los vocablos de una lengua por los de otra; es mudar de uno á otro idioma ideas y conceptos, despojándolos de una forma para revestirlos de otra adecuada á la mutación. Interpretar es traducir de un lenguaje sin palabras, del lenguaje esotérico de los hechos, de los sentimientos y de las inspiraciones al lenguaje exotérico, á las formas varias de la acción ó del arte.

Interpretemos, pues, el juego de la guerra al introducirlo en España; adaptémosle á nuestras necesidades, perfeccionémosle y ayudémonos á remediar con él deficiencias inveteradas.

¿Cómo es esto posible? Del siguiente modo:

Tiene el juego dos aspectos en la actualidad: el táctico y el estratégico. Ampliémoslo en un tercer aspecto al que denominaremos político y tendremos un plan completo de ejercicios instructivos.

No he de dar aquí reglas acerca de los dos primeros aspectos por-

que mucho mejor que yo pudiera hacerlo lo han hecho ya los tratadistas que he nombrado, pero sí debo apuntar que no creo pertinente la exclusiva asignación de la fase táctica á la oficialidad de filas y de la fase estratégica á los E. E. M. M., porque hoy no es posible ni conveniente marcar lindes intranqueables. De igual modo que los E. E. M. M. han de tener muy en cuenta las exigencias de la táctica, los oficiales de filas no han de olvidar las conveniencias de la estrategia, único medio de que haya entre todos los elementos de un ejército una inteligente, acordada y perfecta colaboración. Además—esto que voy á decir nadie lo negará—la instrucción de un oficial no debe limitarse nunca á lo preciso para el ejercicio de su empleo; por el contrario, ha de ser todo lo extensa y sólida que demanden los empleos de su porvenir, para el cual ha de prepararse constantemente, y está muy recomendado que así sea. Si lo expuesto no fuera bastante á probar mi aserto, podría añadir con otros razonamientos el de que no siempre la importancia de los mandos ó la delicadeza de las comisiones corresponde á la modesta gerarquía de quienes los han de desempeñar; en no pocas circunstancias de la paz y de la guerra, la gestión de un subalterno, extraordinaria, si se quiere, ó temporal, pero gestión al fin, y quizá por su misma anormalidad ó urgencia de arriesgada solución, será de tanta ó más trascendencia que las habituales funciones de un general en jefe ó de un Estado Mayor.

De modo que la oficialidad ha de prepararse gradual y progresivamente para su elevada misión, para interpretar—recuérdese lo que de la interpretación he dicho—las más complicadas concepciones de sus jefes; por lo tanto, después de haberse ejercitado en el primer aspecto del arte bélico ha de pasar al segundo y luego al tercero que yo me permito adicionar.

El aspecto político puede simultanearse con los anteriores cuando ya se tiene en ellos suficiente destreza, cuando practicados los ejercicios elementales tácticos y estratégicos se pase al estudio de las campañas históricas, que es la ampliación que yo propongo. En estos estudios, para que sean provechosos, ha de procederse por análisis y síntesis, profundizando cuanto sea posible; así, no solo se estudiarán las operaciones que tuvieron lugar sobre los campos de batalla, sino sus preparaciones inmediata y anterior, las causas de la lucha, el estado de ánimo de los beligerantes y de sus sendos compatriotas, su situación económica, su cultura, su organización social, su caracter colectivo, el particular de sus hombres sobresalientes, el abolengo y las aspiraciones históricas de los pueblos combatientes y cuanto pueda contribuir á su completo conocimiento. Todos estos puntos, los que permitan conocer el ambiente moral de las épocas de la lucha y el de las que siguen á ésta con sus consecuencias en todos los órdenes de la vida nacional, las presiones á que se vieron sometidos los hombres civiles y militares que

prepararon y dirigieron la guerra, los intereses que sirvieron, los ideales que les impulsaron, forman, convenientemente ordenados, depurados con escrupulosa crítica y relacionados entre sí, el aspecto político de la guerra ó campaña en cuestión, de sus batallas y de sus peripecias.

Ese trabajo, largo y penoso para un solo hombre, es breve y fácil distribuido entre la oficialidad de un cuerpo, pues se puede asignar á cada oficial el estudio del punto más adecuado á sus aptitudes y aficiones y su exposición en conferencias que formarían un curso completo y variadisimo acerca de cada campaña; reservando algún tiempo á la controversia y haciéndose el resumen por un jefe ú oficial de competencia reconocida, las enseñanzas serían copiosas y sus resultados admirables.

Para los estudios tácticos, estratégicos y políticos se debe dar preferencia, por muchas razones de orden militar y de orden civil, al territorio propio, á las comarcas y á los pueblos fronterizos, pasando luego á aquellos otros á que puedan llevarnos algún día las aspiraciones nacionales y las exigencias ajenas. Además, considerando el litoral como una vasta frontera con todos los pueblos marítimos, porque en realidad el mar es una frontera universal, no hay que olvidar el estudio de cuanto atañe á la guerra marítima en sus relaciones con la terrestre.

Demasiado largo va siendo este artículo; aunque no debiera darlo aquí por terminado, toda vez que la materia es amplia y no pocos puntos merecen ampliación ó comentario, me limitaré por hoy á consignar, á manera de resumen, mi recelo de que al adoptar en España el juego de la guerra se le *traduzca*—aquí lo de *traduttore, traditore*—y no se le interprete. Temo, no con escaso motivo, que nuestra vivacidad meridional se limite á reproducir el aparato exterior; la parte mecánica de tal género de enseñanza, sin acertar á discernir por completo su elevado espíritu y sin adaptarla á nuestras necesidades específicas.

Repetiré—apoyando mi afirmación en el aserto de Niessel—que el juego de la guerra no puede en modo alguno suplantar á los ejercicios, elementales ni superiores, de campo; los prepara, los completa, los comprueba y los corrige: nada más. Añadiré de mi cosecha que la esencia de tales trabajos, su jugo más fecundo lo proporcionan los *terceros aspectos* que propongo, los aspectos políticos de las campañas, fundados en datos históricos si ellas son reales ó en el análisis, en la investigación directa de la vida actual, si son simuladas, en el presente ó en el porvenir cercano. En ambos casos, á la claridad de inteligencia y á la cultura de los ejercitantes, debe acompañar una serena, desapasionada, discreta visión del pasado, del presente y del porvenir.

L. LAFUENTE VANRELL

Primer Teniente del 63.º Regimiento de línea.

LAS OPERACIONES DE NOCHE

(Conclusión)

Las condiciones climatológicas influyen también. Una noche clara, despejada, brillante, facilita el movimiento de las tropas. Aunque éstas se muevan en una pequeña área, es difícil descubrirlas con tal que no hagan ruido ni enciendan luces. La luna es siempre más bien favorable que perjudicial. Es prudente consultar un almanaque: en cierta ocasión, en el Africa del Sud, el ejército aguardó en vano que saliera la luna; se perdió tiempo y hubo gran confusión, y por fin se supo que aquella noche había eclipse total.

En las noches despejadas, el sonido se oye á grandes distancias, y la marcha de las tropas á lo largo de un camino se hace perceptible á 1,000 metros ó más, de modo que tales noches no convienen. Si la noche es oscura, nublada, tormentosa, sin luna, tampoco conviene. Lo mejor es, para una acción ofensiva, que la noche sea clara, sin nubes, en cuarto creciente, con lluvia muy fina ó brisa suave. En lo posible, conviene que la luna esté próxima á su ocultación cuando la columna llegue al punto designado. Claro es que, excepto las fases de la luna, que se conocen de antemano, ha de tomarse el tiempo tal como sea y procurar sacar el mejor partido de él.

En la defensiva, el empleo de la noche es muy sencillo. Se establecen avanzadas en todas las avenidas, cuyo principal objeto será advertir la presencia del enemigo. Es imposible impedir que pequeños destacamentos del adversario crucen por entre las patrullas, pero será más fácil cerrarles el paso á su regreso.

Cuando la posición está atrincherada y los dos adversarios se mantienen en estrecho contacto, en lugar de patrullas se envían avanzadas que reconozcan los puntos donde pueda reunirse el ofensor para emprender un ataque. Pero la seguridad de la posición se obtiene principalmente por el empleo de obstáculos artificiales, como alambradas ó talas dentro del alcance eficaz del fusil. Su importancia es hoy mucho mayor que antes, y seguramente se les dará todavía mayor vuelo en lo porvenir.

Se dirigirán sin vacilar contra-ataques para recuperar los puntos que por sorpresa haya conquistado el enemigo, pero es improbable que en la defensa se emplee tal contra-ofensiva durante la noche, porque la principal ventaja de la defensiva es el fuego, y esta ventaja desaparece durante la noche. Por lo menos el defensor debe aprovechar el tiempo para informarse acerca de los preparativos del enemigo; la contra-ofensiva emprendida por pequeños destacamentos, será el medio más eficaz de frustrar los planes del adversario.

Para el atacante, la noche casi siempre es favorable. La obscuridad es una cortina que protege del tiro del defensor; y si sus disposiciones son juiciosas, completos los preparativos, y grande el secreto, habrá muchas probabilidades de emprender un ataque con todos los beneficios de la sorpresa.

Las varias formas de ataque son tres: 1.º cuando se está ya en contacto con el enemigo; 2.º al amanecer; 3.º al obscurecer.

El primer caso se presenta casi siempre en el ataque de localidades importantes del campo de batalla, y se resuelve por combates cuerpo á cuerpo al arma blanca. Son el resultado del fracaso de los ataques emprendidos durante el día, pero también se ejecutan para ganar tiempo ó cuando las circunstancias se muestran muy propicias.

Un oficial japonés ha dicho: «Nosotros no usamos de los ataques nocturnos, excepto cuando es absolutamente necesario tomar un punto que no puede ser atacado de día. Los ataques nocturnos solo son convenientes para la conquista de posiciones inexpugnables».

En toda la guerra ruso-japonesa solo se dió el caso de un ataque con favorable éxito ejecutado por fuerzas importantes contra una posición seriamente defendida: el ataque de 23 batallones contra San Kuai Seki Shan. Todos los demás ataques nocturnos se efectuaron después de la retirada del grueso de las tropas rusas.

Las circunstancias se presentaron favorables al ataque en San Kuai Seki Shan. No había luna, el terreno era despejado, el objetivo se destacaba perfectamente sobre el firmamento, la distancia á recorrer no excedía de 4 á 5 mil metros, y todos los preparativos se hicieron con grande esmero. Los japoneses perdieron 1,000 hombres, y los rusos tuvieron 200 bajas y 200 prisioneros.

Pero es dudoso que se imponga el empleo de fuerzas tan considerables. Los japoneses solo hicieron entrar en línea seis ú ocho batallones, porque la intervención de los demás habría producido confusión y bajas entre los mismos atacantes.

La infantería es la única arma que debe intervenir en estos ataques. Si el atacante tiene una marcada preponderancia en artillería, será difícil que sacrifique esta ventaja y se resuelva á un ataque nocturno, á menos que las circunstancias sean en extremo favorables. Cada caso debe ser estudiado de un modo particular. Hay ocasiones en que se impone un ataque nocturno, bien para afirmar la victoria, ya para cubrir una retirada, ora para impedir al enemigo la ocupación de una posición importante, ó para tomar un punto que no puede ser conquistado de día.

La diferencia esencial entre los ataques nocturnos y los ejecutados al amanecer, es que en los primeros el combate se efectúa en la obscuridad y en los segundos con luz. El secreto del éxito de los segundos reside en

la secreta reunión de las tropas, en formación de combate á pequeña distancia del enemigo y en el momento en que la claridad del día permite romper el fuego. Para el éxito, no solamente ha de graduarse bien el empleo del tiempo, sino que el secreto debe ser absoluto. En estos dos factores está la esencia de todo, porque ellos deparan al atacante la ventaja, primero, de cruzar la mayor parte de la zona peligrosa sin sufrir bajas, y, después, la ventaja moral de la sorpresa.

Otra razón, además, favorece los ataques al amanecer, en particular durante una batalla de larga duración. La extensión del frente de los modernos campos de batalla es muy grande; la tarea de reforzar un punto cualquiera necesita la marcha de los refuerzos desde distancias muy considerables, y ello, efectuado durante el día, expone al riesgo casi seguro de que lo advierta el enemigo. Es pues muy conveniente que esas distribuciones de fuerzas se hagan al amparo de la obscuridad.

Von der Goltz dice: «Muchos hechos de las campañas de Federico y Napoleón demuestran que las marchas nocturnas bien organizadas son posibles, sin perjuicio para el estado de las tropas. Antes de la batalla, las marchas de noche pueden ser útiles para concentrar fuertes masas junto á la posición que ha de atacarse.»

El ataque al amanecer es más recomendado cada vez. Pero requiere precauciones muy minuciosas y ha de ser ejecutado por tropas excelentes, acostumbradas á las operaciones nocturnas y dirigidas por oficiales familiarizados con los múltiples é importantes detalles que tanto influyen en el éxito. El menor error en la dirección, una equivocación, un retraso en la marcha, pueden malograr la empresa.

Conviene insistir sobre la necesidad de que el Estado Mayor sea maestro en un arte, en el cual la destreza es hija solamente de la práctica y la experiencia.

Tampoco puede echarse en olvido un factor que influye poderosamente en el éxito ó malogro de estas empresas, en todas las militares y más aún en las nocturnas: la suerte ó el azar.

El ataque al anochecer no es en realidad una operación nocturna. No viene á ser más que la confirmación de las operaciones efectuadas durante el día, y sin gozar de ninguna de las ventajas de la sorpresa, participa de muchos de los inconvenientes de los ataques nocturnos.

Hay quien sostiene que si ha fracasado un ataque durante el día, puede repetirse con más éxito al anochecer.

Esto es verdad en parte; pero el ataque no puede continuar sus progresos al llegar la noche, en un terreno desconocido, de modo que el objeto de tales operaciones debe limitarse á acciones particulares, como la conquista de algunos puntos del campo de batalla, con objeto de atrin-

cherarlos durante la noche y utilizarlos en el siguiente día como apoyo del ataque ulterior.

Varios inventos modernos favorecen las operaciones nocturnas.

Los carruajes de cable permiten mantenerse las columnas que marchen de noche en constante comunicación, y pueden facilitar la tarea de efectuar simultáneamente un ataque dos ó más columnas que procedan de puntos de partida diferentes. No es imposible que se adelante aun más en este camino por la utilización de la telefonía sin conductores.

Los proyectores se utilizan ahora en todas las operaciones nocturnas. Su utilidad no consiste tanto en iluminar una extensión de terreno, como mostrar el objetivo y, por consiguiente, mantener la dirección de las columnas de ataque.

Como resumen de lo dicho, pueden establecerse las conclusiones siguientes:

1.—En las operaciones nocturnas es peligroso emplear tropas parcialmente instruidas, y es menester una práctica constante.

2.—Por medio de una buena instrucción, tropas de buena calidad pueden llegar á un alto grado de eficacia.

3.—El arma ofensiva durante la noche será la bayoneta; no se permitirá disparar.

4.—La habilidad en la dirección de las columnas es un arte que solo se adquiere por la práctica y la experiencia.

5.—Nunca serán demasiadas las precauciones para mantener el estrecho enlace entre las unidades.

6.—El previo reconocimiento del camino que se ha de recorrer durante la noche es muy ventajoso y disminuye los peligros.

7.—Es de la mayor importancia graduar el tiempo para la hora de partida y la rapidez de marcha.

8.—El estado del tiempo y la naturaleza del terreno son causa, á menudo, del éxito ó del fracaso.

9.—En la defensiva, las operaciones de noche se reducen á las avanzadas y contra-ataques locales; las defensas accesorias son muy importantes.

10.—El ataque nocturno envuelve muchos riesgos, y rara vez ofrece grandes ó decisivos resultados.

11.—El ataque al amanecer se recomienda mucho, pero el éxito depende de la disciplina de las tropas, y de la bondad y precisión de los preparativos efectuados por el Estado Mayor.

12.—El ataque al obscurecer participa de muchos inconvenientes, y rara vez se recurrirá á él.

El arte de correr el menor riesgo para obtener el provecho máximo,

caracteriza lo mismo al militar que al comerciante. Las operaciones nocturnas siempre envuelven cierto riesgo, por lo que su adopción dependerá del resultado que de ellas pueda esperarse. Jamás se emprenderán con ligereza, sin el debido examen de todas las consecuencias que puede acarrear el fracaso, porque nada es más fatal para la moral de las tropas que el desastre que sigue á una empresa mal concebida y mal dirigida.

Las operaciones de noche demandan el profundo estudio de una de las más difíciles ramas del arte de la guerra. Es necesaria la mayor habilidad en su ejecución, cualesquiera que sean las circunstancias. Pero es indudable que la posibilidad de su empleo solo está limitada por el espíritu de resolución del general que tiene bastante talento para concebir las y el suficiente valor moral para ejecutarlas.

De los comentarios que el presidente, el general Sir J. D. P. French, puso á la conferencia, traducimos los siguientes párrafos: «Puede hacerse por si mismo el experimento en una noche oscura y lluviosa. Es admirable cómo induce á errores la noche. Pero al cabo de media hora se comienza á ver un poco; una hora después se ve más aún, y si se continúa la práctica una noche y otra noche, se concluye por familiarizarse con las tinieblas». «A menudo se cree que una luz no será vista ó que es imposible realizar alguna labor sin la ayuda de una pequeña luz, como una linterna; la marina puede darnos lecciones sobre este punto, porque lo que ejecutan grandes acorazados lo pueden hacer con mucho más facilidad destacamentos de hombres». «Para tropas muy familiarizadas con estas operaciones y con las que se pueda contar, una noche sin luna, tan oscura como sea posible, es la noche mejor de todas. Entonces se puede llegar á posiciones cubiertas, se pueden ejecutar operaciones sin riesgo de que lo advierta el enemigo, y se pueden obtener todas las ventajas». «Yo voy más allá que el autor. Creo que el poder y la fuerza adquiridos por un ejército, que en tiempo de paz ha practicado mucho las operaciones de noche, pueden ser aprovechados en toda la amplitud de las operaciones militares, marchas estratégicas y concentraciones, ataque y defensa de campos de batalla. En el concepto estratégico, imagine el ataque y la defensa de las líneas de grandes ríos, como el Rhin ó el Danubio, y se concluirá cuánto influirá en el éxito, principalmente la sorpresa y el secreto, la eficacia de un ejército al cual sean familiares las marchas de noche, cualquiera que sea el tiempo». «Las operaciones nocturnas no ofrecen grandes y decisivos resultados inmediatos, pero conducen directamente á esos resultados grandes y decisivos.»

CURSOS DE TIRO EN EL EJÉRCITO RUSO

Con objeto de preparar, desde el punto de vista del tiro, á los futuros capitanes de compañía, acaban de crearse en Rusia cursos de tiro para los capitanes de segunda clase.

Asistirán dos capitanes por Regimiento de cuatro batallones; los aspirantes han de estar bien conceptuados, poseer prácticamente la instrucción completa de gimnasia, la de esgrima á la bayoneta y la del sable, y estar clasificados como tiradores de 2.^a clase, por lo menos.

Los cursos tienen un carácter esencialmente práctico. Comprenden sesiones diarias de tiro, y ejercicios de campaña para que los oficiales se perfeccionen en la dirección del fuego y en la aplicación de sus conocimientos tácticos. Los ejercicios teóricos se reducen á nociones elementales de tiro y al juego de la guerra.

Los cursos duran seis semanas; como lo breve de este período no permite una instrucción de tiro completa, se asigna á cada capitán una abundante dotación de cartuchos, para que puedan ejercitarse en los ratos de ocio. Además, se dispone de una copiosa dotación de cartuchos para los fuegos de demostración con fusil y con ametralladora, y para los de guerra con intervención de la artillería. Para los ejercicios tácticos se emplean cartuchos de fogueo. A este efecto, durante el curso se destinan al polígono una brigada de infantería, un grupo de artillería y dos escuadrones de caballería.

Los ejercicios de dirección del fuego comprenden: 1.º los preparatorios, con tropas, para los fuegos de guerra; 2.º los de guerra, combinados con una maniobra, por lo menos, con tropas; 3.º los de guerra combinados con maniobras de una columna de las tres armas (tres veces, como mínimo, durante el curso); 4.º los de demostración.

En todos estos ejercicios, el efectivo de las unidades es reforzado; los oficiales se agrupan en secciones de diez, que mandan por turno los pelotones, las secciones y las compañías. Con objeto de que los ejercicios resulten más interesantes, en los polígonos ha de haber blancos variados, siluetas movibles y de eclipse. Todos los ejercicios finalizan por una crítica, en la que se indiquen las faltas cometidas y el modo de remediarlas.

Los oficiales se ejercitan en la apreciación de distancias, en el tiro de ametralladoras, y en el montaje y desarme del fusil y de sus mecanismos, los desperfectos, sus causas y los medios de evitarlas.

Para facilitar la asistencia á estos cursos, se han limitado este año á tres en el distrito de Mosku y dos en el de Vilna. Sucesivamente se extenderán á los demás del Imperio, con las modificaciones que aconseje la experiencia de este año.

El personal docente se compone de un general ó coronel director; dos jefes para cada diez capitanes, el uno profesor de tiro y el otro de táctica; un jefe de artillería y un oficial de ingenieros; y un oficial subalterno, encargado del armamento y de la correspondencia.

El tiempo dirá si la organización reseñada responde ó no á su objeto; pero en ella hay dos puntos esencialísimos que conceptuamos dignos del mayor elogio y de prudente imitación. Es el primero, el reconocimiento oficial de la necesidad de que los comandantes de compañía posean, por lo menos, todas las aptitudes corporales y la instrucción física que se exigen á la tropa; no basta, en efecto, saber mandar, sino que es menester saber y estar en estado de poder obrar. El segundo es no menos importante: la instrucción de tiro ha de ser compañera inseparable de la táctica, y combinarse siempre con supuestos y ejercicios realizados por tropas con efectivo de guerra y en pleno campo.

También se ha dado nueva organización á la escuela de tiro de artillería, cuyo objeto es: 1.º la instrucción teórica y práctica de los jefes y capitanes en la dirección del fuego de batería y de grupo; 2.º el perfeccionamiento de los métodos de tiro y de la maniobra, y el estudio de las reglas á que debe obedecer el empleo de la artillería en el combate; 3.º la investigación de los principios concernientes á la enseñanza del tiro y de la maniobra.

Asisten como alumnos los capitanes llamados á obtener más tarde el mando de baterías (éstas las mandan tenientes coroneles), y tenientes coroneles que luego han de mandar grupos (éstos tienen coroneles á su cabeza).

Una comisión de jefes de infantería, caballería, artillería y Estado Mayor asiste anualmente durante diez días á las prácticas de la Escuela.

Para la mejor instrucción, quedan afectas á la Escuela dos baterías: una montada, compuesta de seis cañones de tiro rápido y tres armones atalajados; y dos cañones de tiro rápido de campaña, cinco armones, cuatro cañones de tiro rápido de montaña, dos obuses de tiro rápido de campaña, ocho cañones ligeros con cuatro armones y una cocina de campaña, todo ello sin atalajes. Una á caballo, compuesta de seis cañones de tiro rápido y dos armones atalajados; y sin atalajes cuatro armones, seis cañones de batería á caballo con dos armones, dos cañones á caballo de montaña y una cocina de campaña.

MANIOBRAS DE GUARNICIÓN

...La llanura se extiende ligeramente ondulada; acá y acullá las chimeneas de las fábricas se proyectan sobre el firmamento; luego se hacen más raras, las casas se dispersan y el camino se alarga, bordeado de copudos árboles en medio de campos y prados cortados por setos vivos. Estamos lejos del cuartel, de la ciudad; los pulmones se dilatan, respiran con amplitud un aire más vivificante.

¡Alto! Suena una corneta. La orden... Se dicta el tema de la maniobra... Se expiden órdenes claras, concretas, que terminan de este modo: «Se prohíbe formalmente causar desperfectos. No se saldrá de los caminos.»

¿Qué es esto? No se había pensado en ello. Las cosechas no han sido recogidas, y el paso á través de los campos causaría grandes destrozos, destrozos valorados á muy buen precio.

Las frentes se obscurecen. ¿Cómo? La partida proyectada no se anuncia ya como una maniobra, sino como una marcha fastidiosa en el calor y el polvo, sin ningún interés, con pausas interminables...

Sin embargo, la operación comienza.

Pero la ilusión ha desaparecido. Defectos que no habían sido observados antes, se ven ahora; todas las miserias de esta maniobra se ven á la luz del día.

El regimiento está formado de tres batallones á tres compañías, cada una de ellas de un efectivo de sesenta hombres; de tal suerte que el jefe de batallón no tiene á sus órdenes ni siquiera una compañía en pie de guerra, y el capitán no manda más que una sección y el teniente quince hombres.

¿No hubiera sido mejor formar un solo batallón de cuatro compañías, de efectivo más aproximado al de pie de guerra, y con cuadros completos? ¡Qué placer, qué gusto, el mandar una compañía, un batallón en pie de guerra, y qué lecciones para todos!

Pero, se objeta, entonces no se aprovecharían todos del ejercicio.

La voz «aprovechar» parece aquí una irrisión. ¿Habrá provecho para los que van á formar juicios falsos y viciar la ojeada militar, y habrá provecho para los que nada aprenderán?...

Esta ceja del terreno, este muro, este seto que el oficial elige para abrigar la compañía de efectivo-esqueleto que manda, que ha mandado siempre, solo podría abrigar en la realidad una sección. Esas distancias, esos intervalos, este frente de combate, esa duración del desarrollo, que tiene en la vista y en la memoria, no los encontrará ya cuando el clarín suene allá lejos, en la frontera. Contemplará con angustia la compañía de 250 hombres, un batallón que se le da á mandar,

cuando jamás ha manejado más que una sección y entonces se pondrá á aprender lo que debía saber desde mucho tiempo antes.

La maniobra se desarrolla implacable. Se activa todo, en un abrir y cerrar de ojos los pueblos son tomados, se sube al ataque por las laderas en columnas cerradas, siguiendo las carreteras y los escasos caminos que se puede descubrir. Se cruzan barrancos... más deprisa, siempre más deprisa... Tropezamos con grupos de diez hombres, y nos dicen que representan una compañía. Treinta hombres defienden un muro muy largo; cincuenta rodean una granja, haciendo el papel de un batallón.

Los soldados llevan cuatro paquetes de cartuchos. Ellos se divierten, por lo menos. Disparan con frenesí, con rabia... Las fracciones de efectivos irrisorios se fusilan á boca de jarro... Nadie cae, es natural, y durante una hora una compañía en columna sobre una carretera, presentando un excelente blanco, se tirotea con los defensores de un pueblo, á diez pasos; mientras que un paso á nivel es defendido por seis hombres que se empeñan en mantenerse sobre los carriles, y obligan á un comandante, inquieto, á envolverles con todo su batallón.

Inverosimilitudes ridículas, que dejan terribles dudas en el espíritu, imágenes engañosas, nociones absurdas.

Todos saben evidentemente que—en la realidad—se habría ocupado esta linde de bosque, aquella ceja del terreno, aspillerado ese muro, puesto en estado de defensa el pueblo, abierto trincheras, barredado el paso... Saben evidentemente que en la realidad serían diez veces más numerosos y que tirarían desde diez veces más lejos. Pero si lo saben, no lo ven. Las imágenes, cuyas huellas guardarán siempre, les mostrarán deformada la representación de la guerra, y, cuando llegue aquel día, no sabrán si están demasiado lejos ó demasiado cerca, bastante desfilados, suficientemente cubiertos, si este avance es bueno, si aquella formación es conveniente. ¿Cómo lo van á saber, si nunca lo han practicado?

La guerra no debería ser más que la estricta aplicación, la repetición de lo que se ha hecho siempre. Si se deja el aprendizaje para el campo de batalla será demasiado tarde. No se hace bien más que lo que se ha hecho siempre.

Finalmente, se regresa al cuartel, de noche, cansados, con el corazón triste, y con la perspectiva de que, al siguiente día, habrá otra jornada parecida...

HENRI BARAUDE.

(Del *Journal des Sciences Militaires*.)